

Mundo Lector

FEBRERO 2005

Los Mayas y su entorno

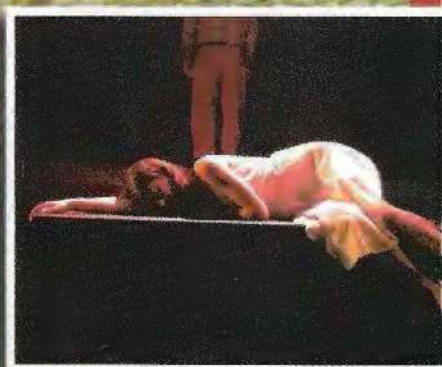
Justicia, ¿ahora sí?

**Se gesta la
Comunidad Suramericana**

**Alcadía apoya a
Millonarios y Santa Fe**

**Turismo:
Tomémonos un finto**

**¿Qué no llevar
a la cama?**



ISSN 1794-368X



11

7

Una mirada a los pilares de la Civilización Maya



— RAFAEL AYALA SÁENZ —

Según la Cultura Maya, el cosmos está formado por tres estratos: el cielo, el mundo de los vivos y el inframundo. Cada uno tiene subdivisiones que están unidas entre sí por el gran árbol del mundo. Los mayas estaban convencidos de que el eje del mundo lo formaba una gran ceiba cuyo nombre era YAAXCHE (primer árbol) cuyas ramas se extienden en cuatro direcciones; la copa es la bóveda celeste. Su tronco era el eje de unión entre los vivos y los muertos, y entre los humanos y los dioses, y sus raíces penetran el inframundo.

El primer estrato, el cielo, está dividido en 13 capas, dispuesto en forma de KO o estructura piramidal, de tal manera que la del séptimo cielo



**Altos edificios
adornados con crestones**

corresponde a la más alta, el hogar de las deidades supremas, quienes asoman sus rostros hacia la Tierra, en forma de estrellas.

Por su parte el inframundo o lugar de los muertos, está compuesto por 9 capas, también en forma de KO o estructura piramidal. Esta región, donde viven los antepasados, recibe el nombre de Xibalbá.

Finalmente, la tierra o mundo de los vivos es el espacio real, el cual tiene portales de comunicación con los otros mundos a través de la sagrada Ceiba, el árbol de la vida, por cuyas lianas se puede ascender o descender.

Concibieron el espacio celeste, la residencia del hombre, como una plancha plana de forma cuadrada,

con cuatro rumbos. El dualismo y la contradicción están en la base del pensamiento mesoamericano y son tanto la raíz de su cosmología como de sus ideas filosóficas y morales.

La existencia de lo que vemos está generada por opuestos que son simultánea y sucesivamente complementarios: vida-muerte, cielo-inframundo, masculino-femenino, húmedo-seco, día-noche. Lucha eterna que forma y transforma, contradicción génesis de la realidad.

La dualidad se desdobra en cuatro, número arquetípico, fundamental y cósmico de los mayas. El señor de la dualidad engendra a los cuatro dioses creadores, cada uno de un color diferente que corresponde a cada uno de los puntos cardinales. A esta creencia corresponde la división del espacio en cuatro regiones, conforme a los puntos cardinales con otro espacio en el centro. Similar a la estructura del juego del parqués o 'parchis' heredado de la lúdica mesoamericana.

Cada uno de los dioses tiene cuatro aspectos, cuatro formas, cuatro funciones, y cada uno posee una esposa que se desdobra en cuatro manifestaciones.

Los mayas creían en las cuatro creaciones o edades del mundo, seguida

por una quinta, que corresponde a la época actual. También en su historia se encuentran cuatro destrucciones del mundo, cuatro regiones en el cielo, cuatro caminos hacia el centro de la tierra (cada uno con un color diferente: azul, rojo, negro y blanco), y cuatro clases de maíz (negro, amarillo, rojo y blanco). Existen cuatro fases de la Luna y cuatro tipos de agua que los TLALOQUES mandan a la Tierra: la primera es buena para las simientes y los panes, la segunda pudre las plantas, la tercera las congela y la cuarta, improductiva, las seca.

OLLIN es el espíritu que se apodera de los astros, de los hombres y de los animales para impulsarlos. Dios del movimiento a quien se le rinden perpetuos sacrificios para que no se detenga. El Sol, HAAB, es el motor de la temporalidad y requiere alimento constante —sangre humana— para no detenerse y no romper el equilibrio del universo.

La función del sacrificio es doble: crea al mundo y lo mantiene. La obsesión por mantener el universo en movimiento a través del sacrificio es un rasgo característico de este pueblo, que creía que el universo está siempre en peligro de detenerse y de perecer.

Para evitar la catástrofe, los mayas debían alimentar al Sol con su sangre.

Algo que distingue la religión de los antiguos habitantes de mesoamérica de las religiones monoteístas no es sólo su politeísmo, sino la creencia de que es posible influir en el equilibrio y en la existencia del cosmos mediante el rito del sacrificio.

Los mayas fueron grandes astrónomos. Ansiosos de perfeccionar sus propios conocimientos sobre el movimiento y ciclo de los astros, los sacerdotes ostentaban el poder de predecir el futuro y disponer así de un instrumento eficaz para dominar mejor a los hombres. Los sacerdotes astrónomos no disponían de instrumentos ópticos, pero lograban calcular las revoluciones de Venus y prever los eclipses con gran precisión mediante la utilización de tubos de jade montados sobre dos maderos cruzados.

En todo el territorio maya se han descubierto 18 construcciones especializadas como observatorios astronómicos. El más antiguo está en Uaxactún y el más reciente fue hallado en Chichén-Itzá. El secreto de las empresas astronómicas mayas reside en la continuidad de las observaciones y en el meticuloso esmero empleado en su



anotación. El Código Dresde contiene cerca de 405 anotaciones relativas a las lunaciones, lo que implica que hicieron observaciones durante 33 años. La base de datos fue analizada por los sacerdotes astrónomos lo que les permitió establecer regularidades, hacer predicciones y tener el tiempo y la paciencia para verificarlas. Todo el método científico propuesto por Galileo ya había sido descubierto por la cultura maya.

La información proveniente de los datos acumulados indujo a los astrónomos mayas a establecer unas medias y a trasladar las correcciones de las medias a los calendarios solar, lunar y venusiano. Fijaron la duración del calendario solar en 365,242129 días (la astronomía moderna lo fijó en 365,242198 días); el calendario venusiano en 584 días; y las fechas de las lunaciones entre cada 29 o treinta días. Determinaron con precisión los equinoccios (21 de marzo y 23 de septiembre) y los solsticios (junio 21 y diciembre 21). Estudiaron y descifraron los ciclos de la fertilidad y la entrada de las estaciones.

La medición del tiempo de los mayas estaba controlado por la combinación del calendario solar y el

calendario sagrado. El primero se denominaba HAAB, tenía 365 días y constaba de dieciocho meses de veinte días cada uno y de un mes complementario de cinco días denominado UAYEB. Los días se numeraban del 0 al 19. El primer día del año solar se llamaba POP (19 POP) y el último era el 4 UAYEB.

El calendario TZOLKIN de 260 días fue el más usado por los pueblos mayas. Lo usaron para regir los tiempos de su quehacer agrícola, su ceremonial religioso y sus costumbres familiares, pues la vida del hombre estaba predestinada por el día del TZOLKIN que correspondía a la fecha de su nacimiento. Esta cuenta consta de los números del 1 al 13 y 20 nombres para los días representados así mismo por grifos individuales. Al llegar al décimo cuarto día, el número del día regresa al 1 y continúa la sucesión del 1 al 13 una y otra vez. El día 21 se repite la sucesión de los nombres de los días y así sucesivamente. Ambos ciclos continúan de esta manera hasta los 260 días sin que se repita la combinación de número y nombre, pues 260 es el mínimo común múltiplo de 13 y de 20.

Los especialistas afirman que el siglo maya no era de 100 años como el

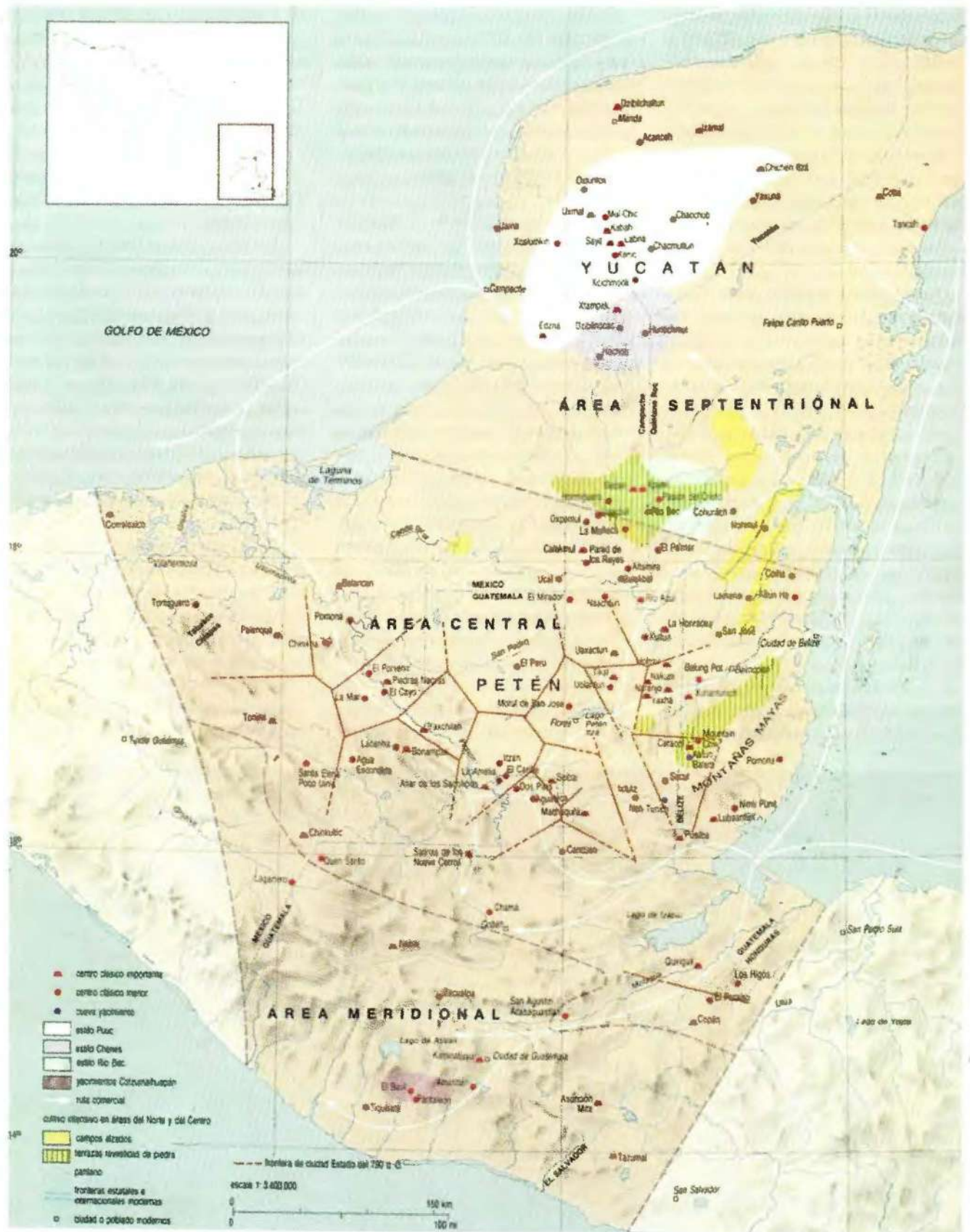
de nosotros, sino de 52, calculado a partir de la coincidencia o encuentro entre el día uno del calendario HAAB con el día uno del calendario TZOLKIN, por lo cual el pueblo maya consideraba que ahí terminaba uno de sus ciclos primordiales. Un ciclo de 52 años solares o de 73 rituales suman 18.980 días y se denominaba 'rueda calendárica'.

Los mayas desarrollaron y utilizaron su escritura, entre otras intenciones, con el fin de tener un instrumento para registrar las fechas astronómicas y para determinar las fechas para consagrar o erigir monumentos. A los signos mayas se les ha dado el nombre de grifos, de los cuales más de ochocientos están inventariados. De éstos, 400 se consideran fundamentales para el funcionamiento del código. El conocimiento de su significado estaba reservado a unos cuantos sacerdotes.

Para contar y anotar los días, los sacerdotes mayas imaginaron cifras, es decir, inventaron las matemáticas. Un punto expresa la unidad, una línea cinco unidades. Para cálculos de gran avance inventaron un sistema de posición cuyo eje esencial es el cero.

Su sistema de cálculo era vigesimal (de veinte en veinte), cuyo origen está





Mapa que ubica el territorio que ocupó la Civilización Maya.



El concepto del urbanismo maya se basa en la integración de todas las ramas del conocimiento.

relacionado con el total de dedos con los que cuenta el hombre. Su progresión era geométrica y los cálculos los realizaban de abajo arriba, lo cual significa que el desplazamiento de una cifra, punto o línea, o la combinación de ambos hacia el nivel superior multiplicaba automáticamente la cifra por veinte. La progresión matemática vigesimal era ilimitada y todos los cálculos eran posibles al igual que las cuatro operaciones básicas.

EL URBANISMO MAYA

El concepto del urbanismo maya está basado en la integración de conocimientos en religión, filosofía, astronomía, matemáticas, ingeniería, bellas artes (arquitectura, pintura, escultura) y ecología. Cada ciudad que levantaron, de las más de diez mil zonas arqueológicas reconocidas oficialmente, se constituye en una compleja síntesis de su cosmovisión, que para su interpretación y comprensión requiere una relación detallada de toda esta información.

El urbanismo maya se distingue por ser orgánico; es decir, las construcciones se integran a las características del

hábitat o el paisaje. No riñe con las formas o relieves existentes, sino que se integra y se organiza de acuerdo con accidentes geográficos: cerro, colina, meseta, valle, isla. Todo se conjuga con el río, laguna, la vegetación...

Una segunda característica es que en sus ciudades predominan más las plazas que las calles. Todas las construcciones religiosas o palaciegas se organizan desde una plaza cuadrada o ligeramente rectangular, que representa el espacio plano celeste. Cuando el hombre maya, simbolizado matemáticamente por el número 20, camina por la plaza está simultáneamente transitando por el universo.

Alrededor de las plazas se levantan los centros ceremoniales, cuyas construcciones más destacadas son los KO y los campos para los juegos de pelota. Los primeros traducen 'elevación o altar' y fueron hechos sobre una base de tierra compacta empleando la técnica de talud y tablero. Los materiales los lograban triturando rocas volcánicas que se mezclaban con tierra y cal para obtener una especie de hormigón resistente a la humedad, mezcla que se usaba en las cimentaciones de los muros, contruidos a su vez con adobe o piedra y sostenidos con mortero. Los

acabados de los suelos eran revestidos y se pulimentaban cuidadosamente.

Los KO mayas no son propiamente una pirámide. Son un cuerpo geométrico escalonado que no termina en punta, cuya función fundamental es elevar y soportar el templo, aunque también es la escalera que comunica al sacerdote con el cosmos, el vínculo de unión entre el cielo y la tierra, observatorio astronómico y exaltación del poder personal de los gobernantes. Existe una amplia variedad de estas elevaciones al punto que no se puede afirmar que existan dos iguales. El KO era un núcleo a partir del cual surgía la arquitectura de conjunto: templos secundarios, graderías, palacios, estelas. Estos conjuntos recibieron el nombre de ciudadelas y fueron habitados por los integrantes de los poderes religiosos, políticos y militares.

EL JUEGO DE PELOTA

Todas las ciudades clásicas mesoamericanas poseían uno o más terrenos dedicados al juego de pelota. Hoy en día se han encontrado más de mil quinientos. El área comprendía una cancha rectangular, limitada por muros

a veces decorados con relieves alusivos, y dos anillos de piedra. Dos equipos participaban en los encuentros con el objetivo de hacer pasar por los anillos una pelota de caucho, tocándola e impulsándola con la espalda, las rodillas o las nalgas, nunca con los pies ni con las manos. La pelota no debía tocar el suelo.

En lo esencial, el juego de pelota no era una demostración de destreza ni de cualidades deportivas, sino que tenía una connotación litúrgica mediante la cual los dioses manifestaban sus deseos. El área del juego de pelota representa el universo, espacio sagrado para el combate entre vida y muerte, lugar donde se desplazan los astros, el Sol, la Luna, simbolizado por el movimiento de la pelota, bajo el arbitraje del amo de XIBALBA, el señor del más allá. Al finalizar el juego, la pelota era quemada para ofrecérsela a los dioses, previamente bañada con la sangre de los vencidos, dado que el caucho fue siempre un incienso de primer orden, una ofrenda preciosa.

Las representaciones del sangriento final varían de acuerdo con la ciudad: un perdedor podía ser golpeado hasta la muerte con la pelota, podía ser decapitado o ser utilizado como pelota, para lo cual se le ataba en forma de ovillo para aporrearlo a lo largo de la cancha o para arrojarlo por las escaleras del KO desde el templo.

LA IMPORTANCIA DEL AGUA

Para abastecerse de agua, inventaron los 'chultones' o cisternas de agua. El diseño de los mismos obedece a una lógica bastante sencilla: al tratarse de un asentamiento en una colina, la naturaleza podía estar en su contra al momento de la lluvia, ya que el líquido se deslizaba hacia los terrenos bajos. Por ello los mayas hicieron hoyos en el suelo, cuyas paredes recubrían con piedra, a la manera de un pozo, cuidando que tuviera a su alrededor suelo desnivelado que asegurara que el agua de lluvia se deslizara directamente al hoyo, el cual posteriormente cubrían con un tapón de piedra para evitar la contaminación del líquido. Este

sistema de captación y almacenamiento de agua pluvial les permitió sobrevivir a las sequías.

Al noreste de Guatemala, en la península de Yucatán, donde desaparecen los ríos y las lagunas, ante la escasez de agua los mayas recurrieron a las cavernas inundadas como la de XTACUMBILXUNÁAN, la cual posee un pozo de agua fresca a 90 metros de profundidad. Además, para los mayas, las cavernas y los pozos eran fuente de vida y entradas al inframundo; incluso los representaban con la forma de dios principal y en su interior los sacerdotes descifraban el universo maya.

CIUDADES MAYAS: CENTROS DE ADORACIÓN

Las ciudades mayas eran lugares de adoración y de ofrenda, no eran refugios. Su estilo de arquitectura exterior así lo atestigua. Los templos no eran grandes construcciones huecas para albergar a la gente y las calles pavimentadas o SACBES de la urbe permitían el abigarrado desfile de procesiones.

Los KO con sus templos en las cúspides, los oratorios, los centros ceremoniales se construían por un imperativo religioso y todo debía ir orientado astronómicamente, distribuido con ciertas líneas de simetría y bañado de un espacio infinito. Toda la ciudad era en realidad un megaspacio y un observatorio astronómico que permitía a los sacerdotes hacer lectura de las posiciones y fenómenos de los astros, los planetas y el Sol.

En las ciudadelas cercanas a los centros ceremoniales y templos vivían la realeza, la aristocracia militar, el sacerdocio y la alta burocracia, que dependían de los habitantes de la periferia para su manutención. Las construcciones nucleares de la ciudad eran sagradas. Toda la ciudad era concebida como un proyecto sagrado, el centro cósmico donde se creó el mundo que habitamos.

En muchas de las ciudades, los barrios de las afueras, los suburbios, constituían verdaderos conjuntos de apartamentos unifamiliares. Las ha-

bitaciones se disponían hacia el patio interior y las paredes exteriores eran altas. Los edificios eran estucados y pintados de vivos colores, mientras el interior se decoraba con murales de gran riqueza técnica y simbólica. Es muy probable que los ocupantes de estos recintos estuvieran relacionados por lazos de parentesco, pero también por una común especialización artesanal.

En ellos vivía el pueblo, la gente del común, constituida por una masa anónima de campesinos y artesanos. Pueblo esforzado e infatigable encargado de entregar el tributo que garantizaba la subsistencia de la nobleza y las ofrendas que garantizaban a los sacerdotes la libertad de pensar y orar. Pueblo hábil y fuerte al que se le debe la realización de los ideales arquitectónicos: transportaron piedras desde las canteras hasta la ciudad por sus propios medios, ya que no contaban con animales de tiro, para tallarlas con gran maestría usando rudimentarios instrumentos como cizallas o cinceles de diorita y mazos de madera.

Los líderes mayas construyeron su civilización con los recursos que tenían, pocos o muchos, y organizaron su vida alrededor y con la naturaleza. Aprendieron a vivir en armonía con su entorno, sintiéndose parte de él y no un extranjero del universo. Su relación con el cosmos era poderosamente simbólica, todo tenía un significado y el sólo hecho de existir ya era una acción asumida con la mística creada y desarrollada por su cultura y heredada durante casi tres mil doscientos años de tradición. Esta cosmovisión es la que hace que hoy por hoy millones de personas acudan, predominantemente a Guatemala y México, a observar los vestigios de una civilización cuyo desarrollo sorprendió a unos europeos que por tener una cosmovisión materialista y utilitarista del universo terminaron destruyendo todo un saber. No era la primera vez, ya Oriente Medio y Alejandría, con todo y su biblioteca, habían sufrido las consecuencias de su ceguera existencial. **M**

MÁS INFORMACIÓN: AYALA SÁENZ, Rafael y otros: Mayas y Aztecas, herederos y creadores de civilización. Museo de museos Colsubsidio, Bogotá, 2000. **M** EL MUNDO MAYA. Revista GEOMUNDO, Junio 2001.